

FERNAN SILVA VALDES

"Nací en Montevideo el 15 de octubre de 1887. Mi crianza empezó en Sarandí del Yí, pueblo cito en el corazón del país, y concluyó en Montevideo. No fui universitario. Descendiente



de familias criollas que las revoluciones empobrecieron, crecí chumbeando pájaros y despojando frutales como cualquier muchacho de barrio. A los 15 años me sujetaron en un empleo público, que conservé durante mucho tiempo. Sé poco de los libros y algo de la vida. Hice frecuentes y largas excursiones al campo. Admiré a los gauchos hasta querer serlo. Me hice guitarrero, cantor y jinete. A los 20 años no le reculaba a nada. Escribí mis primeros versos a los 16 años; eran décimas gauchas. Hasta los 20 fui poeta gauchesco;

sabía quién era Hernández e ignoraba quién era Homero, ¡por esta cruz! Un día me avergoncé de mi ignorancia y compré una historia de la literatura. Luego me atraqué de Darío y Herrera y Reissig. Arrumbé mi *Martín Fierro*, vendí mi caballo, empeñé y perdí las púlchas de mi apero, y en 1913 publiqué "Anforas de barro" versos. Aprendí a bailar tango con corte, frecuenté los cabarets y en 1917

publiqué "Humo de Incienso", versos también. Después, una enfermedad me llevó otra vez al campo. Lo amé, lo sentí de nuevo. Mis 30 años empalmaron en los 20. Volví a la ciudad con los ojos deslumbrados por el sol de mis cuchillas y de 1919 a 21 me salió "Agua del tiempo" y luego "Poemas Nativos". Hasta aquí mi ayer. Ahora le estoy cantando a los gringos, a los hombres rubios de nuestros campos."

EL PONCHO

Pobre mi poncho viejo, ya lo estaba olvidando!
Para que se oreara lo he dejado
extendido en el cerco;
y luego de una noche a la intemperie
amaneció cubierto de rocío,
húmedo de alborada,
húmedo y estirado
como si el viento se lo hubiera puesto.

Pobre mi poncho viejo, vas perdiendo el color!
También, no es para menos
con las lluvias y las tormentas
que te han lavado,
con los soles y los veranos
que te han secado;
Y aún te quedan abrojos prendidos en los flecos,
abrojos amarillos
que parecen semilla de recuerdo.

En el baúl causabas
impresión de abandono, pero ahora
que te ha dado la noche, y el cielo y el sol,

eres casi el de antes, todavía conservas
sabor a crin de potro, y a campo y a fogón.

Pero entonces tenías algo de heroico;
El invierno y el viento te ponían romántico;
con tus listas marrones y con tus listas claras
flameabas en mi cuerpo como una bandera
de la que yo era el asta,
Eras una bandera y eras un aletazo.

¡Cómo estamos de unidos uno al otro. . .
hasta el mal cuarto de hora que los hombres tenemos
Me lo recuerdas con las dos quemaduras
Que te hizo aquella bala,
Esas dos quemaduras que son como dos manchas.

Aún estás saturado de otro tiempo;
del tiempo en que mi vida se agitaba
Debajo de tu gran cuadrilongo,
Y las puntas de mi golilla
Se abrían en el aire, enlazándome el cuello
como si fueran dos bracitos blancos,
Poncho, cuando te extiende no cabes en el cuarto;
Te pasa lo mismo que a mi me pasaba;
cuando vine del campo no cabía en el pueblo.

Poncho
Que después de una noche de intemperie
Amanece cubierto de rocío
Húmedo de alborada,
húmedo y estirado
como si el viento se lo hubiera puesto.

EL BUEY

Es pesado; es tardío; y hasta cuando está suelto
Parece que llevara algo de arrastro.

Camina torpemente,
como si siempre fuera uncido a la carreta;
como si le estorbara
el pedazo de sexo que le falta.

Camina torpemente pero jamás tropieza.
Y entre sus cuernos en forma de cuna
parece que al andar acunara al Progreso.

Su pelo, negro o blanco, es opaco y es sucio;
En cualquier estación tiene pelo de invierno.

Su vida está partida en dos mitades,
como de arriba a abajo:
de ternero a buey;
Por eso
Sin haber sido padre tiene mucho de abuelo.

De mañana, de tarde, se aburre a toda hora;
Pero cuando se aburre más que siempre
en ausencia del hijo que nunca tuvo
Se acaricia a sí mismo con dos palmos de lengua.

Es tan inofensivo como su sombra
y a su sombra buena
Procrean las palomas y los pájaros mansos
como riéndose de él.

Es bueno más que bueno;
No tiene ni un pecado y sin embargo
Se castiga los lomos con la cola
Como con un cilicio.

El arado es su perro y es el yugo su cruz.
La claridad del día lo sorprende en el campo.
Soplando humo de aliento a lo largo del surco;
Es tan madrugador, que todas las mañanas
Por entre sus cuernos se levanta el sol.

LA CARRETA

Entre dos picaneadas
viborea la hilacha musical de un silbido. . .

Y pasa dando tumbos la rústica carreta
Trae bueyes manchados
y el carrero de siempre,
que es un poco compadre
y otro poco romántico;
usa tras de la oreja
un caliente clavel colorado;
monta un caballo lerdo y esgrime una picana
con soltura en el brazo;
esa brava picana con la que ha tiempo viene
—desde los horizontes naranjas o encarnados —
azuzando a los bueyes
y midiendo el largor de los pagos.

Y pasa dando tumbos la rústica carreta.
Un arroyo risueño
quiere atajarle el paso con su cinta celeste;
caen al agua las ruedas y el arroyo que es bueno
—pagando bien por mal—
con su propia agua herida le va colgando flecos.

Y más allá es un cerro
que la convida al ocio
mostrándole de lejos sus piedras de colores
que son como cristales que le han sobrado al cielo.

Mas la carreta no repara en ello
porque lleva al costado
otra cosa más linda, otra cosa mejor:
la boca del carrero, viva y húmeda,
frunciéndose en silbido y abriéndose en canción.

Y el carrero entre canto y silbido
se da a soñar
y a fantasear
la hora de la tarde,
un rancho
una ventana
cuadrículando un rostro que se escondió fugaz,
y entre las dos arrugas de su frente curtida
aquella ventanita es como un ojo más.

Mientras el hombre sueña las yuntas laboran
hundiendo la pezuña y agachando el testuz;
bajo la T mayúscula que hacen pértigo y yugo
parece que llevarán más que una T una cruz.

Prosigue envuelta en polvo la rústica carreta;
lleva un dolor de ejes como un dolor de huesos;
rueda tembleque y rota
de tanto dejar cargas al portal de los pueblos,
tal como esas mujeres viejas y enflaquecidas
de tanto dejar hijos
al portal de la vida.

Enfrente a una carreta me voy sintiendo niño
a pesar de su facha claudicante y grotesca,
y su andar sin premuras, su andar de caracol,
tiene algo de alado y algo de tiempo antiguo,
y todo porque un buey se llama "golondrina",
y porque otro buey se llama "picaflor".

EL TANGO

Tango milongón,
corazón del arrabal:
Eres como una viruta musical,
como una viruta de bandoneón.

Como una queja que se estira
produciendo escozor y placer;
Eres una música que se respira,
que tiene forma de curva y que huele a mujer.

Música primitiva pero civilizada;
que calienta la sangre y emborracha a las gentes;

una música rara
que se acompaña con el cuerpo,
y con los labios y con los dientes,
como si se mascara.

Pegajosa como la miel,
y que fatiga sin fatigar;
resbala por los nervios como un riel,
y se baila con los cinco sentidos
puestos en el bailar.

Tango:
Por entre la cadencia de tu música queda
yo palpo la dureza viva del arrabal,
como por entre una vaina de seda
la hoja de un puñal.

Tango milongón,
Tango compadrón,
que a pesar de bailarse con todas las ganas
se baila como sin ganas,
como en carriles de lentitud;
Eres un estado de alma de la multitud.

HOMBRES RUBIOS EN NUESTROS CAMPOS

Hombres de ojos azules
y de rubia cabellera
que vienen a juntar
su vida a la vida nuestra

y el oro de su pelo
al de nuestra bandera.

Hombres de ojos azules que vienen a sembrar
trigo en nuestros campos
y a ser trigo ellos mismos
con su color dorado.

Su melancolía de emigrantes
se ha de hermanar muy bien con la melancolía
sensual de nuestros paisanos
y de nuestras paisanitas.

Sus pañuelos de vivos colores
han de ser como flores
entre nuestros pastos,
y sus nostálgicas canciones
y sus vistosos bailes regionales
de figuras bizarras,
se van a colorear de blanco y de celeste
al influjo de nuestros pasados pericones
y del moño romántico que usaban las guitarras.

Hombres de ojos azules y oro en la cabellera
cuando una criolla rubia sea la flor del pago
habrá una alegría nueva
en los campos uruguayos.

EL NIDO

Los árboles que no dan flores
Dan nidos;
Y un nido es una flor con pétalos de pluma;
Un nido es una flor color de pájaro
Cuyo perfume
Entra por los oídos.

Los árboles que no dan flores
Dan nidos . . .

LA SIESTA

He dormido la siesta debajo de aquel árbol
Por eso estoy tan sucio de polvo y hojas secas
Y tengo en las pupilas una impresión de selva.
El sol al dar la vuelta me quemó varias veces
Haciéndome cambiar de sitio o de postura.

Al despertar del todo me quedé boca arriba
Y ví un nido en lo alto de las ramas,
Un poco más abajo de la copa,
—En el lugar del pecho—
como si fuera el corazón del árbol;
Y un churrinche, inquieto en su plumaje rojo,
Entraba y salía como un golpe de sangre
Por el corazón del árbol,